

656
e. 691c
e. r.



Administración:
7.ª Avenida, Este, 42
San José, C. R.

EOS

Propietarios:
- Falcó y Borrásé -
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

La Capilla Sixtina

Se aborrecían Bramante y Miguel Angel; pero se completaban. Así es la naturaleza humana. Aquellos dos hombres no sabían que eran los trabajadores de una misma obra. Por eso la Historia no empieza a tener conciencia de sí misma sino cuando la muerte ha pasado sobre sus héroes.

Tales ejércitos que se han combatido hasta aniquilarse sobre un campo de batalla; tales hombres que se han odiado hasta herirse con la calumnia; tales genios que se han perseguido mutuamente hasta querer borrarse de la tierra como si no hubiera aire para todos, no saben, cegados por sus pasiones, oscurecidos por el polvo de los hechos diarios, que mañana han de confundirse en una misma gloria, han de representar a los ojos de la posteridad una misma idea, han de tener en las hondas huellas dejadas por las obras de arte sobre el mundo los mismos adoradores y los mismos enemigos: que toda grande personalidad es un trabajador empleado en levantar esa serie inmensa de arcos triunfales llamados siglos, y todo espíritu individual es una faceta del prisma llamado espíritu humano, que descompone en mil matices la luz divina en la cual va bogando el Universo.

La sociedad es como la Naturaleza. El mal está en lo particular, en lo contingente, en los límites de las cosas; pero el mal desaparece en el conjunto, en lo universal, en lo eterno.

Así os sucede que en ciertos siglos todos los indivi-

duos parecen perversos, todos los pueblos ciegos, todas las acciones malas: aquí un monstruo, allá una matanza, acullá una superstición; y luégo, cuando la idea del siglo se desprende de aquel todo, resulta como benéfica nube henchida de consolador rocío que refresca los aires y empapa en vida nueva la tierra. En el Universo acontece lo mismo. El veneno, el rayo, la peste, las catástrofes, son accidentes que jamás llegan a perturbar la serenidad del conjunto, la vida que se desprende como una mansa cascada de los pechos de la Naturaleza, la eterna luz del Cosmos. La víbora pica al hombre; pero no puede picar a la humanidad. La muerte siega al individuo; pero no siega a la especie. Me he sublevado siempre contra la idea maldita de la eternidad del mal. Por eso he combatido la otra idea no menos maldita de la muerte completa y del completo aniquilamiento de la conciencia. Resolvemos todas las antinomias, todas las contradicciones por medio de la muerte.

Mirad cómo Bramante y Miguel Angel, que se han combatido en la vida, se han reconciliado en la inmortalidad.

EMILIO CASTELAR

(Selección de *Arador*).

¿Cómo debe terminar la guerra?

(Tomado de «América Latina»)

De tal suerte que sea imposible, para aquellos que se han arrojado sobre nosotros, premeditar y perpetrar por segunda vez semejante agresión. Toca a nuestra literatura y a nuestras artes velar por que no se olviden tanta sangre vertida, tantas ruinas acumuladas. Que nada se borre de estas visiones de horror, de esta regresión a una barbarie prehistórica. Que de siglo en siglo permanezca siempre vivo este ejemplo.

CH. M. VIDOR,

Secretario perpetuo de la Academia de Bellas Artes
(Instituto de Francia)

* * *

Creo que después del sistema de desenfreno de horrores que el pueblo alemán ha adoptado para hacer la guerra, y su crueldad calculada y diabólica, ordenada y científicamente organizada contra los países pequeños e indefensos, el presente conflicto no puede terminar satisfactoriamente hasta que Alemania misma haya sentido algo de los sufrimientos que ella ha causado a los demás. Por mucho tiempo en lo futuro deberá existir un bloqueo económico contra esta nación.

Como nos dice Sancho Panza:

«Quien bien tiene y mal escoge,
Del mal que le venga no se enoje».

A. E. SHIPLEY,

Vice-Rector de la Universidad de Cambridge

* * *

Torre del Lago-II-VII-18

Para no hacer inútiles todos los sufrimientos que la guerra ha traído, debe terminar con los siguientes resultados:

1°.—Toda nación constituida, según razones de raza y de idioma, deberá ser libre de gobernarse como mejor le parezca;

2°.—Destruído el viejo sistema político que regía antes de 1914, en cuanto a las relaciones internacionales, *la diplomacia secreta* deberá ser sustituida por la *sinceridad*;

3°.—La profesia del filósofo acerca de la evolución de la ciencia militar deberá realizarse: «Un día llegará —más pronto tal vez de lo que se cree— en que *las cargas a la bayoneta* serán reemplazadas por la paz. primero europea, en seguida universal, y toda la ciencia militar se desvanecerá. Para esta ciencia, su perfeccionamiento máximo será... su desaparición».

GIACOMO PUCCINI

La guerra sólo puede terminar satisfactoriamente con el arrepentimiento explícito, la penitencia adecuada y la enmienda solemne de los alemanes que la han hecho.

Expreso en forma sencilla un pensamiento simple, porque esto mismo están haciendo los alemanes. Léanse estas palabras de Paul Rohrbach:

«Los bolchevistas tropiezan con crecientes dificultades. ¿Cuál es nuestra actitud? Por ahora nuestro supremo interés en Oriente consiste en sostener a los bolchevistas. Están arruinando la Gran Rusia; están destruyendo en absoluto las raíces mismas de todo peligro posible que nos pudiera venir de Rusia en el porvenir. Si nos ofrecen ayuda armada contra los checos de Samara y de Omsk, debemos examinar la oferta con toda seriedad. También debemos impedir que los cosacos puedan avanzar demasiado en la Gran Rusia y molestar gravemente a los bolchevistas. Los bolchevistas se figuran ser la salvación, no sólo de Rusia, sino de todo el mundo. Este es el credo que más nos conviene, siempre que quede confinado a la Gran Rusia. La Gran Rusia para los bolchevistas, y los bolchevistas para nosotros! Sostengamos esta situación, y mantendremos al mismo tiempo la gratitud de los bolchevistas y los intereses de Alemania».

Estas no son palabras de un cualquiera, sino de uno de los más hábiles y más leídos historiadores de Alemania. Tampoco son meramente palabras, sino la descripción de una política que practica Alemania, según Kerensky ha referido, y cuya prosecución desea Paul Rohrbach. Y tampoco se trata de una política concebida y practicada en la guerra, como arma desesperada de combate; sino meditada, planeada y en lo posible practicada en plena paz, que fué cuando se inventó la frase y la idea de una guerra «preventiva» contra Rusia, al objeto de arruinarla y destruirla antes de que su enriquecimiento y educación pudieran elevarla a las cimas más altas de la cultura y del poder. «No voy a tolerar que Odessa se vaya a convertir en otro

Hamburgo», es frase que ya en tiempo de paz se atribuía a la más alta autoridad de Alemania.

Y fíjese el lector en que esto no es maquiavelismo. Se puede decir contra Maquiavelo que no vacila en recomendar al gobernante el empleo de malos medios para la realización de fines buenos. Maquiavelo cree que para reorganizar una ciudad corrompida, o para fundar una nación o Estado, hace falta un legislador que, como Rómulo, Solón o Licurgo, ha de unir a la sabiduría y grandeza de alma la fuerza y el poder absoluto; y si hay personas que se oponen a que el legislador asuma este poder, el legislador no debe vacilar en quitarse de encima esas personas por los medios que estén a su alcance, para que de esta suerte prevalezcan los intereses públicos sobre los privados.

La doctrina de Maquiavelo constituye un problema de solución difícil. Se cuenta de uno de los más prestigiosos estadistas del siglo XIX que en los momentos en que con mayor celo y eficacia trabajaba por la redención de su país solía exclamar:

«Algunas veces tengo que preguntarme si continúo siendo un hombre honrado, o si me estoy convirtiendo en un canalla».

Y no es que la vida política tenga que ajustarse a una moral distinta de la que debe regir la vida privada. También en la vida privada tenemos que realizar a diario, para para proceder bien, actos que son en parte malos, como castigar a un hijo nuestro o negar un favor injusto a un amigo que de verdad lo necesita. La diferencia depende de que los actos políticos, por ser generalmente más complejos que los privados, nos muestran mejor el carácter compuesto de las acciones humanas, y nos inducen más fácilmente a resignarnos a realizar un mal menor para asegurar un bien mayor.

Pero en este caso de la conducta de Alemania con Rusia no hay problema. La Gran Rusia ha de ser sacrificada y arruinada para librar de una inquietud posible a los gobernantes de Alemania.

Aquí ya no se trata de emplear medios malos para alcanzar fines buenos. Los medios son malos. Esto es indudable, y nadie lo discute. Pero los fines son aún peores que los medios.

RAMIRO DE MAEZTU

De un libro para las escuelas

Dignidad personal

Niños: Hemos visto lo que es crédito y los medios de conservarlo, la necesidad del estudio serio de la gramática y de la aritmética, y ahora vamos a tratar de un asunto muy superior a todos los demás: de la *dignidad personal*, sin la cual ni saber, ni riqueza, ni poder—simples medios de acción—tienen valor alguno para el bien. Pero como la materia es ardua y además ha sido tratada con gran vigor y lucidez por un eximio maestro, que difundió sus ideas con la palabra, con la pluma y con el ejemplo, durante más de medio siglo, vamos a cederle el puesto.

—¿Quién quiere leer?

Silencio en toda la clase.

—¿Nadie quiere leer?

Es que... como sólo tenemos cuadernos, no sabemos leer muy bien.

—Perfectamente. Entonces sírvanse escuchar con toda atención.

«LA DIGNIDAD DEL HOMBRE ¿de qué procede?

» De la persuasión que él tiene de su origen divino, de los altos destinos para que el Omnipotente lo ha creado, y de ser el objeto del amor y del cuidado del Altísimo. El ateo materialista, que cree que el hombre fué el efecto casual de una combinación de átomos; que no tiene otro destino que satisfacer sus apetitos, y acabar para siempre con la muerte, como todos los brutos, es necesariamente incapaz de dignidad y mucho más in-

capaz de justicia; porque, como hemos dicho, la justicia es una palabra sin sentido para él. Si, pues, se ve algún materialista que conserve dignidad, es porque educado en los principios de la fe, adquirió hábitos que han sobrevivido en él a las ideas que los engendraron.

» ¿En qué consiste LA DIGNIDAD PERSONAL?

» Lo que hace que una persona pertenezca a la hez de la población no es su nacimiento, ni su pobreza, ni su ignorancia, ni lo limitado de su inteligencia, sino el no tener dignidad personal.

» Es la parte moral del hombre, no la intelectual ni la física, lo que constituye la dignidad o la vileza. Un sabio, un millonario, un príncipe, pueden ser justamente calificados de canalla, aun reuniendo las tres condiciones. Por el contrario, un salvaje que no sabe quienes fueron sus padres, que no tiene ni aun la idea de la propiedad, ni de las letras, ni de las ciencias, puede ser hombre digno capaz de inspirar respeto, y se han visto de ello muchos ejemplos.

» Se califica de populacho, hez, canalla, al hombre que sin vergüenza antepone el interés al deber, el dinero al honor, el deleite a la buena reputación, la mentira interesada a la verdad que compromete, la iniquidad materialmente provechosa a la justicia que exige un esfuerzo o un sacrificio, al hombre, en fin, que no tiene más estímulo para obrar que el interés o el deleite, y que es insensible a la sanción moral.

» Convertir el populacho, la hez, la canalla en un pueblo digno, ha sido la obra del cristianismo. Es convenciendo al hombre de que su vida sobre la tierra no es más que un corto período de prueba, en que viene a merecer con la virtud para una vida futura interminable; que la riqueza y la pobreza, el poder y la situación humilde, los honores y grandezas de los unos, la estrechez y olvidada pequeñez de los otros, son accidentes pasajeros que ninguna influencia tienen en el resultado final; que Dios no estima al hombre sino según lo que vale su corazón; que Job desnudo, hambriento, cubierto

de lepra, desamparado en un muladar, era grande ante los ojos de Dios, pronto a premiar su virtud; que Baltazar, rey opulento, rodeado de todos los deleites, pero impío y desenfrenado, era un miserable a quien esperaba una triste muerte y las tinieblas perdurables después; sí, fué gravando en el corazón las grandes verdades de la revelación, como el cristianismo pudo hacer que aquella hez degradada, que constituía los noventa y nueve centésimos de la población, se elevara a la alta dignidad de un cristiano, que prefiere habitualmente el deber al interés, el honor al dinero, la verdad a la mentira, la justicia a la iniquidad, que mira con horror en sí mismo y con lástima en los demás, todo acto moralmente vil y degradante». (1)

Nada tenemos que agregar a lo anterior, si no es que lo guardéis en vuestra memoria y en vuestro corazón, porque son palabras de un hombre de bien que fué en su patria todo lo que en una República se puede ser y que al soltar la pluma con la vida, mereció y merece la veneración y el respeto de todos sus conciudadanos sin distinción de clases ni partidos.

EREMITA

El Tratado con los Estados Unidos y algunas opiniones de Mr. Huntington Wilson

(ABREVIADO)

A Mr. Zeitz, eminente editor del *World*.

El Nuevo Tiempo ha traducido del *Times* de Nueva York, un escrito del distinguido señor Huntington Wilson, a quien aprendí a estimar en el Departamento de Estado, siendo yo Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Colombia en Washington. Su nombre fué, pues, suficiente motivo para interesarme en su actitud respecto a Colombia y lo ha sido también para que algunas de sus opiniones y aseveraciones me sorprendan y me animen a impugnarlas.

(1) Página tomada de *D. Mariano Ospina y su época*, obra de E. Gómez Barrientos. Esa página fué escrita hace cerca de cincuenta años.

El concepto más extraño y más grave del escrito del señor H. Wilson, el más contrario a la dignidad del pueblo americano, de Colombia y de los hombres más justos y eminentes de los Estados Unidos, es el siguiente:

«Dejemos que los colombianos piensen lo que quieran de la política final del Presidente Roosevelt, la cual, bien lo sabemos, está «tan justificada» por la conducta de Colombia que no tenemos por qué pedir excusas».

El señor Wilson me obliga a traer de nuevo ante un Tribunal de honor al «justificado» y ruidoso Coronel.

Durante quince años, este hombre, que no conoce respetos ni miramientos de ninguna clase, ha insultado, vilipendiado y calumniado a Colombia en lenguaje truculento, en Mensajes Presidenciales y en escritos que no tienen par en la historia del Gobierno de las naciones. Por último, escandalizó a la juventud universitaria con un gracejo desconcertante e indecoroso, por el cual declinó sobre su patria la responsabilidad del acto suyo, con estas palabras «I took the zone». «Yo me cogí la zona».

La Legación a mi cargo presentó inmediatamente la debida protesta contra la conducta, antes subrepticia y entonces ostentosa, del ex-Presidente de los Estados Unidos, y declaré que Colombia se consideraba redimida del deber de presentar otras pruebas sobre la hasta entonces negada participación del Presidente Roosevelt en la conspiración traidora de la guarnición de Panamá. Conmovida y celosa la opinión pública, que en los Estados Unidos es una entidad real y poderosa, el Club Republicano de Nueva York, asociación respetabilísima que representa aquella opinión por el número y la importancia de sus socios—hombres de Estado, publicistas, banqueros, presidentes de sociedades financieras, «reyes» de los ferrocarriles, etc., etc.—resolvió allá, privada y patrióticamente, enfrentarse al Coronel Roosevelt con el Ministro de Colombia en presencia del pueblo americano, y en una sesión solemne y trascendental, resolución que yo ignoraba. El pueblo quería oír a las dos partes para saber a qué atenerse. Aquello era el duelo a muerte de las dos causas.

Invitado oportunamente por el Club a «hablar sobre arbitraje en una de sus sesiones literarias», en la cual hablarían los señores Carnegie, Conde de Bernstorff, creo que Lord Brice, el señor de la Barra, etc., me vi obligado a excusarme por atender a ciertos deberes de mi cargo. Pero el Club insistió en nota apremiante ofreciéndome galantemente la especial hospitalidad del Club, y manifestándome que podía hablar o no, según conviniera, y que ocuparían la tribuna los señores ya nombrados y el Coronel Roosevelt.

Acepté en el acto de modo muy significativo y con la apro-

bación de varios Ministros y del Decano del Cuerpo Diplomático, que me hicieron el honor de acompañarme a Nueva York. Ellos deseaban presenciar aquella sesión, que podía resultar, como resultó, un acontecimiento histórico.

Presentéme en el salón a la hora señalada. Terminado el hermoso discurso del señor Carnegie, el inmenso auditorio gritó: «¡Roosevelt! A la tribuna Roosevelt!» Este se había excusado por diez minutos. Terminado el segundo discurso, repitióse la voz imperiosa y general de «¡Roosevelt! A la tribuna!»

El Presidente recibió y leyó entonces la sorprendente excusa del Coronel a asistir a la sesión....

La indignación de los hombres parece superar a veces la acción colérica de la naturaleza. Lo que allí pasó es indescribible. Un solo grito de protesta llenó el salón; de protesta firme, de pundonor y de vergüenza. «¡Hail Colombia!» fué la voz dominante de una intencionada y generosa ovación a Colombia, que puso término a la sesión. El busto del Coronel fué retirado de la galería, en donde la antigua simpatía del Club lo había colocado. Al día siguiente recibí una nota del Club, excepcional y de la más alta significación. La conservo como un valioso título de honor y como un documento histórico de la mayor importancia.

Faltó, pues, valor al señor Roosevelt para renovar sus cargos y sus insultos en presencia del Ministro de Colombia, que acudió a aquella cita de honor dada por quien podía darla, para que el pueblo de los Estados Unidos pudiera fallar sobre la conducta de su Gobierno en 1903....

Permítame, pues, el distinguido señor H. Wilson negarle el derecho a declarar, como lo declara con desenfado, que la conducta del señor Roosevelt está justificada. Al contrario está ruidosa y enérgicamente condenada por jueces irrecusables e intachables.

Ciertamente, poco o nada importa a los rooseveltistas, como lo dice el señor Wilson, lo que pensemos los colombianos. Debe entonces meditar y respetar lo que en altas voces dicen sus mejores compatriotas. Y si se deseara aumentar el número, ya que no es posible aumentar la respetabilidad de los que no justifican al Coronel, le presentaría, entre otros, los mil y tantos miembros del «Commercial Congress» de Washington, cuya intencionada ovación al Ministro de Colombia, pocos días después de la del Club Republicano, fué tan expresiva y valiosa que de ella dijo públicamente el ilustre diplomático General Foster: «Su Excelencia debe sentirse muy orgulloso, porque esta manifestación no se le ha hecho aquí a ninguna Nación de la tierra».

Y sin embargo, un año antes se contaban con los dedos los partidarios de Colombia en los Estados Unidos. El pueblo de esta Nación estaba sugestionado—engañado, perversamente engañado—por el Coronel Roosevelt, por el puñado de aventureros que, con

un advenedizo judío francés, había tramado el negocio judaico de Panamá, y con los que estuvieron listos para atrapar los cuarenta millones de dólares, de la compra ilegal y fraudulenta que se intentaba hacer de la concesión de Colombia a la Compañía francesa constructora del canal intermarino.

En la época a que me refiero no se conocía ya fuera de los compañeros de Roosevelt, un solo enemigo respetable o sincero de Colombia. La Legación estaba rodeada de consideraciones y respetos y era consultada aun sobre puntos de derecho interno por altos personajes del Congreso. La deferencia amistosa del ilustre y sabio Presidente, señor Taft, es uno de los más honrosos recuerdos de mi vida pública. Jamás como entonces se adelantaron tan felizmente las negociaciones.

*

Disculpa el señor H. Wilson al Coronel Roosevelt diciendo que en todo caso su conducta relativa a Panamá «fue un acto político que se debe juzgar sólo por sus resultados y circunstancias».

A esta doctrina, que es la repulsión arriesgada de los principios y reglas de moralidad en que descansa la organización de la sociedad, le opondré, por el momento, dos observaciones:

1^a. El Presidente de los Estados Unidos no es llamado a establecer sistemas políticos. El derecho a fijar la política nacional corresponde al Poder Legislativo por ministerio de las instituciones federales. No quisieron los Estados Unidos dar semejante poder al Jefe de la Nación y el pueblo se reservó ese derecho para mantener así el principio directivo y fundamental del gobierno propio, que reposa en el fondo de su grandeza. Dar a la opinión personal del Presidente el valor y carácter trascendental e imperativo de una doctrina fija e invariable, equivaldría a declarar que hay algo superior a las leyes, que prevalece sobre los principios, las tradiciones y el destino de la Gran República, a los cuales va atada la responsabilidad histórica de cien millones de ciudadanos. Los Estados Unidos no serían ya aquella democracia puritana destinada a ser el asilo de la justicia y la libertad, patria de Lincoln, de Taft y de Wilson, como de Washington y Jefferson, sino una autocracia oriental y rooseveltista.

Tales son los principios de gobierno propio y soberanía popular firmemente sostenida por el pueblo de los Estados Unidos, que ha vinculado a ellos su suerte. No serán los Syllas modernos, disfrazados con su gloria, los que puedan darle el destino de la antigua Roma.

2^a. La doctrina de las dos morales —una para la vida privada y otra para la vida política— es la llamada doctrina de las probalidades y que se concreta en la máxima bizantina citada por Mohsein y por

Draper: «Es acto de virtud engañar o mentir cuando por este medio se obtiene algún beneficio para la Sagrada Causa».

«Las anfibologías son lícitas, decía el célebre polemista Lachaise, cuando existe una causa justa para usarlas; por esto, como la palabra latina «gallus» puede significar un gallo o un francés, aun cuando yo hubiera muerto a alguno, siempre contestaría que no, entendiéndolo para mí que se hablaba de gallo», por lo cual Mme. de Montespan —la amante adúltera de Luis XIV— llamaba a Lachaise: «La chaise de la commodité».

No podrán los americanos ni los europeos comprender cómo un hijo eminente de los Estados Unidos sostiene semejante doctrina en los momentos en que su gran Patria lanza generosamente sus huesos al incendio que amenaza la civilización para defender los principios fundamentales de la vida internacional: la igualdad de las naciones y el respeto a los débiles, violados y ultrajados en Bélgica, en Serbia y en Polonia; el sagrado de los Tratados públicos, declarados «papeles inútiles»; el fuero territorial y la soberanía de las naciones, declarados también buena presa para el derecho imperialista de la fuerza; el respeto, en fin, y los miramientos que se deben a la paz, a la amistad, al culto de la justicia y al derecho histórico de las nacionalidades y de los pueblos, grandes o pequeños, que se ha pretendido sacrificar ahora y se ha sacrificado otras veces, en aras de aquel imperialismo intemperante y agresivo, llamado por los publicistas «derecho del puño, política cartaginés o fe púnica de tiempos deshonrados».

No! La conducta de los Estados Unidos es hoy tan brillante y magnánima en Europa, que el pueblo americano impondría seguramente silencio, como ya lo ha impuesto, a toda voz o ademán de imperialismo que osara mostrarse después de que sus ejércitos, en nombre de la República, han dicho a la audaz e inmoral autocracia disfrazada de moralidad política: «De aquí no pasarás».

Continuará.

F. DE P. BORDA

De todo

He recibido *Les Marges*, N.º 53, t. XIV (París, 5 rue Chaptal). Doy las gracias al señor Secretario del cuerpo de redactores.

Para que se tenga una idea del carácter de dicha revista, me bastará traducir literalmente la imagen de la Academia Francesa trazada há poco por Enrique Beranger y anteponer que tal imagen enfada a los jóvenes de las márgenes:

«Es la Academia como el arca venerable, hasta vetusta a veces, pero siempre de líneas nobles, echada

entre dos regímenes, el antiguo y el nuevo, la monarquía y la democracia, de Richelieu a nuestra República, sobre el río profundo de la Francia eterna».

Y para dar al señor Secretario una idea de la impresión que me ha causado el fascículo recibido, me bastará decirle que encuentro que la página del *viejo* Montesquieu reproducida en rasgos salientes en el lugar de honor de la revista, desbarata todo el resto. Dice Montesquieu:

«Si en general el carácter es bueno ¿qué importan algunos defectos?

Toca al legislador seguir el espíritu de la nación, cuando no es contrario a los principios del gobierno: porque no hacemos nada de mejor que lo que hacemos libremente, y siguiendo nuestro genio natural.

Que se dé un espíritu de pedantería a una nación naturalmente alegre, el Estado no ganará nada, dentro ni fuera. Dejadle hacer seriamente las cosas frívolas y alegremente las serias.

La naturaleza repara todo.

Los atenienses ponían alegría en los negocios; una punta de burla les agradaba, en la tribuna o en el teatro. Los lacedemonios, al contrario, eran graves, serios, secos, taciturnos. Tan poco partido se habría sacado de un ateniense fastidiándolo como de un lacedemonio divirtiéndolo».

* * *

Si es malo que el viejo sea rutinario, peor es que lo sea el joven. Y si es chocante la contradicción en los jóvenes ¿por qué no ha de serlo más en los viejos?

* * *

Diré a usted, señor M., francamente, que está muy equivocado. Sirvase releer a Renan—si es que lo ha leído—. Berthelot es un sabio a la francesa. Renan es un filósofo a la alemana. Citar a Renan para enaltecer a Francia, es cosa que se comprende; pero citarlo como opuesto a las concepciones de los filósofos alemanes, es un disparate mayúsculo.

Oigan ahora los otros lectores de Eos algunas palabras de Renan.

... El negro, por ejemplo, ha sido hecho para servir a las grandes cosas queridas y concebidas por el blanco.

La democracia es antípoda de las vías de Dios, pues Dios no ha querido que todos vivan al mismo grado la verdadera vida del espíritu.

La naturaleza, en todos sus grados, tiene por fin único obtener un resultado superior por el sacrificio de individualidades inferiores. ¿Acaso un general, o un jefe de

Estado, toma en cuenta a las pobres gentes que hace matar?

Los animales que sirven de alimento al hombre de genio o al hombre de bien deberían estar muy contentos si supieran para lo que sirven.

TODO DEPENDE DEL FIN.

La masa debe pensar y gozar por PROCURACIÓN.

(La masa debe contentarse con que piensen y gocen sus apoderados).

... Francia se inclina siempre a las soluciones liberales y democráticas, es su gloria: LA FELICIDAD DE LOS HOMBRES Y LA LIBERTAD, hé ahí su ideal. Si la última palabra de las cosas es que *los individuos gocen* pacíficamente de su *pequeño destino limitado*—lo cual, después de todo, es quizá posible—, será la Francia liberal quien tenga razón; pero no será nunca este país el que alcance la gran armonía o, si se quiere, la *gran sujeción de conciencia* de que hablamos. Al contrario, EL GOBIERNO DEL MUNDO POR LA RAZÓN, si ha de lograrse, parece mejor apropiado al GENIO DE ALEMANIA, que muestra poco cuidado por la igualdad y AUN POR LA DIGNIDAD de los individuos y tiene por fin ante todo el aumento de las *fuerzas intelectuales de la especie*.

Consultar *La Réforme intellectuelle* y los *Dialogues philosophiques*.

Diccionario Larousse:

* * *

Cortés: atento, afable, urbano.

Cortesano: perteneciente a la corte, palaciego, quien adula por interés.

Standard Dictionary:

Courtesy: politeness originating in kindness and exercised habitually.

Courtezanship: de *courtezan*: a woman who prostitutes herself for gain; false and gaudy show.

¡Feliz el colegio donde no haya cortesania!

* * *

A mí no me ha escandalizado la *pedagomaquia* (como dice el Dr. Ferraz) librada este mes en nuestros diarios.—A fuerza de batallar hemos de concluir por desear la paz. Y la obtendremos mediante un tratado: el de la neutralidad filosófica de los establecimientos de enseñanza general. Cuando aceptemos todos la fórmula de "*ciencia pura y arte puro*", habrá paz en la escuela. La verdad armoniza a los hombres. El error solo los divide y los aleja.

Saberse limitar es un comienzo de sabiduría. La escuela que sabe limitar su objeto, gana en eficacia lo que pierde en extensión. En todo caso, es la única escuela en que se puede progresar en paz: Solamente bajo su techo pueden aunarse pensadores que se creen diferentes en el campo de la religión y de la política.

* * *

Está terminando la guerra europea a la manera de un drama de Eche-
garay, según parece: con el castigo de los malos y la reparación de las
injusticias, no a la larga sino en breve.

—¿Y quién ha perdido?

—Hemos perdido todos, como sucede en todas las guerras. Las ventajas
o beneficios que se citan no compensan las pérdidas sufridas.

—¿Y quién habrá ganado más?

---Alemania. Me refiero a sus directores intelectuales únicamente, a los
que firmaron el famoso manifiesto de 1914. Ellos habrán aprendido aque-
llo que era ya bien sabido en las universidades inglesas, francesas y ame-
ricanas: 1º que así como entre individuos la peor manera de arreglar un
asunto es la de ir a los golpes, así, entre las naciones, es la guerra militar
la peor solución posible de una dificultad. 2º Que el militarismo a la pru-
siana no vale lo que cuesta, aun en caso de guerra. Que un pueblo civil---
como Inglaterra o los EE. UU.---puede improvisar un ejército superior, en
virtud de la robustez en todo orden de las unidades que lo componen.
3º Que a estas horas nada estable se logra con métodos de conquista
cruel y terrorífica. Que sólo el amor edifica. 4º Que el problema primor-
dial de la manutención de las poblaciones no se resuelve con la multipli-
cación de los armamentos.

* * *

Lei algo de *Carreño* cuando niño. Su recuerdo es uno de tantos pe-
ñosos recuerdos que guardo de la vida en escuelas y colegios. Un buen
libro de urbanidad ha de escribirse con criterio de higienista, buscando
salud, alegría y maneras de hacer agradable la vida social.

En la calle todos somos desconocidos. Ni el vestido ni el sexo son
guías infalibles en lo tocante al reparto de nuestras atenciones. La co-
modidad en la acera corresponde al más enfermo, por la edad o por
cualquier otro motivo. Una joven que se desvía o baja con soltura para
ceder el campo a quien parece menos alestado, suma el más valioso
encanto a los otros de su sexo. En Francia y en Italia --- latinas tam-
bién ---, en sus ciudades más cultas, me sorprendió sobremanera la ur-
bana gracia de las niñas, que yo comparaba tristemente con el arrogante
encogimiento de mis compatriotas. Aquí se les ha hecho pensar que en
siendo mujeres y creyéndose bonitas pueden ser malcriadas.

La regla, en la calle, para con los ancianos o los enfermos, es muy
simple: no obligarlos a subir ni a bajar ni a cambiar de dirección: per-
mitirles que sigan como vienen. Pero esta regla es desconocida por nues-
tra juventud ---, no juro en vano ---, sobre todo por la parte que debiera
ser la más bella.

* * *

Hay personas para quienes todo lo nacional es malo. Si se trata de
compañías, particularmente, siempre saltan a la defensa de las extran-
jeras. Hablo con una de dichas personas y le pregunto: --- ¿Qué me dice
de la compañía de tranvías de San José? ¿Cómo defiende usted el hecho
de que los rótulos de sus carros se encuentren constantemente en ope-
sición con la verdad? Lee uno: *San Pedro*, y el carro va para la Esta-
ción del Pacífico, y así de los demás.

--- No lo defiende, responde, pero lo explico: el mal está en que el
Gobernador de San José es hijo del país. ¡Fuera inglés o norteamericano,
vería usted!

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

20 de Noviembre de 1918.

Cosas nuevas

Hay inocentes que creen en ellas. ¿Lo es la especialización en medicina? Vamos a verlo.

«Entre los egipcios, la medicina está dividida. Cada médico se ocupa en una sola especie de enfermedades. Los médicos abundan por todas partes. Unos tratan las enfermedades de los ojos, otros las de la cabeza, otros las de los dientes, otros las del vientre, otros, en fin, los males internos».

—¿Quién cuenta esto? Herodoto.

—¿Cuándo? Hace rato, 484 años antes de Jesucristo.

*

El mismo Herodoto nos cuenta: «Antes del reinado de Psamético, los egipcios se tenían por los más antiguos de los hombres. Queriendo saber este monarca cuáles de entre los hombres habían sido los primeros, reconoció que los frigios habían existido antes que los egipcios. Las investigaciones de Psamético no dieron al principio resultado alguno; entonces se valió del siguiente medio: tomó dos niños del pueblo, recién nacidos, y los entregó a un pastor para que los criara en medio de sus rebaños, con la expresa condición de no pronunciar ni una palabra en su presencia, de mantenerlos encerrados y separados en una cabaña, de hacerlos amamantar por cabras a horas determinadas y de no darles más cuidados».

Así procedió Psamético queriendo percibir las primeras voces inarticuladas de esos niños y oír la primera palabra que pronunciaran. Sus órdenes fueron ejecutadas. Al cabo de dos años, el pastor abrió la puerta de la cabaña y entró en ella; los niños vinieron a su encuentro tendiéndole los brazos y gritando: *becos*. Cuando el pastor oyó esa voz por primera vez nada dijo; pero repetida con frecuencia y oyéndola siempre, dió parte al rey, y, por su orden, condujo los niños a su presencia. Después de oírlos, Psamético hizo buscar el significado de la palabra e investigar si algún pueblo la usaba. De esas investigaciones resultó que los frigios llamaban así el pan. Esta experiencia convenció a los egipcios de que los frigios eran más antiguos que ellos, y así lo confesaron».

Este *procedimiento experimental* se siguió en el siglo VII antes de Jesucristo.

HEFESTO

26
C 691c
e. 12.

EOS



Tomo VII = Precio: 30 CÉNTIMOS = Cuadernos 96-97

Administración:
7.^a Avenida, Este, 42
San José, C. R.

EOS

Propietarios:

- Falcó y Borrásé -
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

Acusando recibo

Proposiciones relativas al PORVENIR DE LA FILOSOFÍA, presentadas a la Academia de Filosofía y Letras, Buenos Aires, junio de 1918, por JOSÉ INGENIEROS.

Algunas palabras del ilustre Autor harán comprender a nuestros lectores la importancia de la obra que tenemos el honor de presentarles.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Comprendo la gravedad de las palabras que pronuncio al incorporarme a vuestra docta compañía. La circunstancia es solemne para mí; ajeno a toda otra actividad social o política, contemplo en ella el término de mi carrera universitaria, aunque no de mis estudios.

Una disciplina científica, larga ya por su comienzo precoz, retrájome hasta ahora de publicar escrito alguno sobre asuntos propiamente filosóficos, que siempre fueron acicates de mi curiosidad; he creído que sin una sólida cultura experiencial es tan vano todo empeño por comprender los problemas inexperienciales, como el de techar un edificio cuyos cimientos no se hubiesen puesto aún. Aleccionado por todos los filósofos dignos de este nombre, he supuesto que las reflexiones filosóficas sólo podrían ser la coronación natural de mis estudios científicos, y que la validez de ellas dependería, en primer término, de la amplitud de éstos (1).

(1) En la Universidad he cursado simultáneamente dos carreras, que me permitieron adquirir nociones de ciencias físico-naturales y de ciencias médico-biológicas; vocacionalmente cultivé las ciencias sociales y no fui indiferente a las letras. Especialicé luego mis estudios en patología ner-

El conocimiento previo de los problemas que no pertenecen a la filosofía, por entrar en los dominios de la experiencia, accesibles mediante los métodos científicos, llévame a considerar que el nombre de filosofía—usado actualmente con una latitud propicia a todos los devaneos—debiera reservarse, en el porvenir, exclusivamente a la metafísica. Donde la física no alcanza comienza la metafísica, dando a esos términos su clásico sentido inicial. No pertenecen a la segunda las ciencias llamadas positivas, ni las creencias místicas o éticas, ni las literaturas complicadas, ni la dialéctica ergotista. Disminuyen la metafísica y obstaculizan su renovación, todos los que pretenden reducirla a una simple metalógica, metamoral o metaestética. Son sus enemigos militantes, en el pasado y en el porvenir, los que pueden sacrificar las hipótesis legítimas a las ilegítimas, en homenaje a los intereses creados en la sociedad a que pertenecen. Ningún motivo extraño al deseo de investigar libremente la verdad debe obstar al perfeccionamiento de las hipótesis que aspiran a explicar los problemas metafísicos.

Me abstengo de recurrir a ciertas agradables inexactitudes de lenguaje que los ignorantes se inclinan a interpretar como profundidad de pensamiento; considero inútil inventar vocablos sibilinos o empavesar mi discurso con locuciones pedantes, pues aspiro a expresarme con una sencillez que nunca se preste a dos interpretaciones. Me avergonzaría, en fin,—como de una falta de respeto a

viosa y mental, vinculándome a su enseñanza en la Facultad de Medicina (1900-1905); pasé, naturalmente; a la cátedra de psicología en la Facultad de Filosofía y Letras (1904-1911), extendiendo mis programas a la ética, la lógica y la estética, que siempre consideré como «ciencias psicológicas». Desde 1911 he procurado entender la historia de la filosofía; sólo ahora, en 1918, me atrevo a emitir una opinión sobre asuntos filosóficos.

En algunos escritos científicos de que soy autor he seguido los métodos y utilizado las hipótesis consideradas más válidas; no tengo motivo, en general, para rectificar esas orientaciones. La falta de competencia y de oportunidad me ha impedido, antes de ahora, preferir ningún sistema de hipótesis metafísicas; los que conozco, desde los contenidos en las más seculares cosmogonías hasta los implicados por las más flamantes filosofías científicas, me parecen, aunque desigualmente, muy distantes de la metafísica que bosquejo en la presente disertación. Suponiendo que en lo restante del siglo XX puedan realizarse algunas condiciones preliminares, ella podría comenzar a constituirse en el siglo XXI.

quienes me escuchan, y de elemental dignidad—si torciera ideas claras con palabras equívocas o disimulase opiniones con alambicadas figuras. Correspondería ingratamente al honor que me habéis dispensado si no os mostrara en su escueta exactitud las creencias filosóficas que considero menos incompatibles con mi ideal lógico de verdad.

No creo ser la única persona que piensa en el sentido que expresaré, ni alteraría mis opiniones por la candorosa vanidad de parecer original (1); supongo, en cambio, que muchos de mis colegas tienen opiniones filosóficas muy distintas, disparidad que juzgo grandemente provechosa para el porvenir de la filosofía. Los cultores de estas disciplinas desinteresadas—y probadamente peligrosas en las sociedades menos cultas—no nos proponemos convencer ni desconvencer a nadie; gustamos de escucharnos los unos a los otros, con noble tolerancia, deseosos de beneficiarnos recíprocamente en nuestro comercio intelectual.

LA CRISIS DE LA FILOSOFÍA EN EL SIGLO XIX

Cuando en las sociedades europeas tomaron incremento las ideas de renovación política que las revoluciones Norteamericana y Francesa pusieron como bases posibles de un nuevo régimen social, cayó la filosofía—mercidamente—en el descrédito a que la encaminara la

(1) En las obras de ficción la originalidad puede ser absoluta; en todo lo que es conocimiento progresivo y lógico, ella es relativa a lo que en cada época se tiene por menos inseguro. Nada más sencillo que la originalidad sin exactitud. He publicado hace algunos años la historia clínica de un loco razonante que se creía filósofo y elaboró un monumento dialéctico para sostener la siguiente doctrina, que él llamaba metafísica: «el universo es lo absoluto puro en que se mueven los planos de lo real, cortándose en aristas hipotéticas y formando en el espacio ángulos finitos que son la transmutación inmanente del Dios infinito, cuya materialización en el vacío engendra fuerzas vitales de que emanan las facultades anímicas por el ritmo radiante de los átomos protopsíquicos». Aunque alguna frase igualmente absurda podríamos señalar los que hemos leído a Platón o Aristóteles, Leibniz o Spencer, considero que la anterior «doctrina metafísica» nos parecerá a todos disparatada y delirante, a pesar de su innegable originalidad. En efecto, la validez de las hipótesis metafísicas, aun para los que dicen lo contrario, tiene su medida preliminar en conocimientos derivados de la experiencia; y nuestra lógica humana nos obliga a considerar falso todo lo que creemos está en contradicción con sus resultados.

hipocresía de sus más encumbrados cultores; en vano siguieron éstos tartajeando sus capciosas semiverdades racionales, inamistosas ya para los dogmas de la escolástica feudal, sin ser todavía totalmente sinceras.

El artífice de Koenisberg, más alabado que leído, condenó la vieja metafísica en nombre de otra que él mismo se apresuró a desacreditar, bajo la presión de «creencias vulgares» incompatibles con su propia lógica. Después de él se advierte en el siglo XIX una radical incompatibilidad entre los resultados leales de la experiencia nueva y las premisas hipócritas de algunas viejas supersticiones: la investigación de la verdad engendró constantemente hipótesis peligrosas para ciertos principios dogmáticos que se tenían por básicos de la moral.... Muchos moralistas tuvieron el descaro de sugerir que era lícito sacrificar toda posible verdad a la salvación de esos principios; algunos, los menos, intentaron renovar los fundamentos de la ética, de manera que ella conservase su eficacia social independientemente de toda premisa metafísica (1).

El resultado de este conflicto ha sido *la crisis de toda metafísica*, provocada por los filósofos que se resignaron a subordinarla a la ética, como antes otros a la teología.

Reclamaron el nombre de metafísicos los que estaban dispuestos a sacrificar toda nueva verdad posible, refugiándose en el comentario de los precedentes sistemas, o sea en la paleo-metafísica; para no tomarse el trabajo de confrontar sus hipótesis con los resultados incesantemente perfectibles de la experiencia, prefirieron entregarse a la glosa dialéctica de las filosofías pasadas, cambiándoles de vestidura literaria. Así comprendida, su metafísica se convirtió en una ciencia muerta, en una

(1) Esta última evolución está en sus comienzos y me parece el antecedente necesario para la futura renovación de la filosofía. Me explicaré. La sociedad feudal sacrificó toda hipótesis metafísica inconciliable con los principios que fundamentaban ciertos intereses creados, propios de ese régimen político-ético-social. En el porvenir concibo la posibilidad de otros regímenes que se asienten en los resultados incesantemente renovables de la experiencia social, independientes de las nuevas hipótesis metafísicas que puedan formularse para explicar los problemas inexperienciales.

docta erística de supersticiones y leyendas, imposibles de reanimar con sutiles disquisiciones literarias, siempre estériles por su valor constructivo, aunque a veces atrayentes por su argucia polémica.

Es necesario confesar un entuerto, que no lo endereza el callarlo: la cantidad de disparates que aún circula bajo el nombre de metafísica es considerable. Por eso muchos hombres de pensamiento y de estudio le han cobrado horror, llegando a afirmar que la condición primera del progreso intelectual es la liberación de toda metafísica. Parece que han confundido a ésta con sus manifestaciones degenerativas, como quien afirmase que las frutas no son comestibles en presencia de algunas piezas putrefactas; y, por una singular paradoja, algunos de los que se declararon enemigos de toda metafísica han sido, cabalmente, los que con más ahinco elaboraron hipótesis convergentes hacia sistemas metafísicos menos imperfectos que los clásicos, aunque todavía, por su arquitectónica, ninguno merezca parangonarse con ellos.

De esta actual incapacidad de construir una metafísica nueva, los partidarios de la paleo-metafísica deducen ilógicamente la imposibilidad absoluta de tentar nuevos caminos, despejando las contradicciones entre los resultados de la experiencia y las hipótesis más distantes de ella; y como no tienen propósitos constructivos, limitándose a blanquear sepulcros, no siempre respetables, de hecho condenan a muerte toda filosofía, aunque pretendan ser sus únicos cultores. Al mismo tiempo, los que han renunciado a toda investigación de lo inexperiencial, por creerla imposible, han creído, como quiere el positivismo, que la metafísica debe ser reemplazada por una epistemología, es decir, por una teoría general o filosofía de las ciencias.

Soy menos pesimista que los unos y los otros (1). Creo posible la renovación de la metafísica: en el pensamiento contemporáneo observo algunos gérmenes fecun-

(1) Los representantes menos desleales de ese doble pesimismo han sido Comte y Boutroux.

dos y en las sociedades menos envejecidas advierto una renovación moral que favorecerá su desarrollo. Después de haber estudiado algunas ciencias, creo que ellas no substituirán a la metafísica; pero creo también que las hipótesis inexperienciales formulables en el porvenir se considerarán tanto más legítimas cuanto menor sea su contradicción con los resultados de la experiencia.

Bajo dos aspectos, pues, se ha revelado el fracaso de la filosofía en el siglo XIX. El positivismo, en todas sus formas, llegó a presentarse como un deliberado renunciamiento a toda explicación de lo inexperiencial; excelente para la investigación científica, no substituyó las hipótesis metafísicas o indujo a confundirlas con las hipótesis científicas. El espiritualismo contemporáneo, en todas sus formas, señala un fracaso mayor de la metafísica, pues, aunque todavía se llama «idealismo», comienza a tener la franqueza de reconocer que es un movimiento «religioso»; renuncia a ser filosofía para convertirse en misticismo; en vez de buscar un saber independiente de las creencias vulgares, trata de conciliar el conocimiento científico con las supersticiones ancestrales; no es una vuelta a la filosofía sino una exaltación de lo afectivo-ético contra lo lógico-crítico; en vez de superar el ciclo del racionalismo renacentista, regresa a las fuentes ilegítimas que lo precedieron.

PERENNIDAD DE LO INEXPERIENCIAL

¿Morirá la metafísica, el único género filosófico que no puede constituirse como ciencia y que es, *strictu sensu*, toda la filosofía? Algunos porque lo temen, y otros porque lo desean, repiten desde el Renacimiento esa pregunta. La más elemental comparación entre los filósofos de cinco siglos diversos, o entre cinco filósofos del mismo siglo, o entre cinco capítulos de una misma obra filosófica, suele revelarnos que ninguno comprendió, con exactitud, lo que significaban los términos de su pregunta.

Por siglos y siglos, hasta nuestros días, la metafísica

ha sido, alternativamente, concebida como una superciencia por los grandes filósofos (1), como una extraciencia por los místicos, y como una contraciencia por los polemistas menos ilustrados que la combaten o la admiran con igual incompetencia.

*

Los que desconfían de la metafísica concuerdan, sin desearlo, en una afirmación que postula su necesidad: el hombre no ha podido hasta ahora absolver ciertos interrogantes planteados por su curiosidad más allá de su experiencia, siéndole para ello insuficientes los métodos místicos, los métodos dialécticos y los métodos científicos conocidos hasta hoy, aunque se admite la legitimidad de los últimos para todo lo que puede ser objeto de experiencia (2).

*

Conocemos el Universo como un conjunto de relaciones incesantemente variables; aun en el supuesto de concebir lo universal como accesible a la experiencia, la variabilidad del Universo implica una variación constante de los objetos y condiciones de la experiencia; la posibilidad de un conocimiento total sólo sería posible en el supuesto de que la experiencia humana continuara acrecentándose cuando el Universo pasara a un estado de inercia o de equilibrio cósmico en que no se modificase la más infinitesimal de las relaciones. Ninguna cosmología legítima permite concebir la vida humana

(1) Los discípulos inmediatos del estagirita fijaron con exactitud la posición de la metafísica: «lo que debe leerse *después* de la física», teniendo por evidente la inutilidad de leerlo *antes*. Los filósofos que intentaron constituir una metafísica independiente de la teología, lo entendían así; no podemos nombrar ninguno que haya metafisicado ignorando las ciencias de su tiempo. Esta ignorancia es, en cambio, muy frecuente entre los polemistas que combaten la metafísica en nombre de las ciencias o las ciencias en nombre de la metafísica.

(2) De la insuficiencia de los métodos científicos, algunas personas ignorantes extraen peregrinas conclusiones, aconsejando renunciar a ellos en vista de que no han permitido resolver «todos» los problemas y sugiriendo la vuelta a los métodos místicos y dialécticos que durante muchos siglos contribuyeron a embrollarlos. Con la misma lógica razonan los supersticiosos vulgares que prefieren el curanderismo a la medicina, porque ésta afirma la existencia de enfermedades actualmente incurables.

persistiendo sobre la tierra después de la estabilización del Universo; la posibilidad de experiencia es, pues, necesariamente menor que la variabilidad de sus objetos y condiciones, lo que implica la *permanencia de lo in-experencial fuera de lo experiencial* (1).

El afirmar, con carácter necesario, la ilimitada perfectibilidad de la experiencia, no impide afirmar, legítimamente, la *perennidad de la metafísica*, restituyendo a esta última palabra su primitivo sentido aristotélico, que en nuestro lenguaje menos exacto podemos traducir como sigue: *la infinita posibilidad de problemas que excedan la experiencia humana implica la perennidad de explicaciones hipotéticas que constituyan la metafísica*.

Al afirmar la *perennidad* de la metafísica, estoy muy lejos de postular su *invariabilidad*, cosa muy distinta.

*

Por el esfuerzo de quienes la preparen en el siglo xx, concibo que la metafísica presentará en el siglo xxi ciertas características que significarán la subversión *ab imis* de todos los problemas e hipótesis in-experenciales. No se tratará de esa vaga «revisión de valores» filosóficos, siempre implicada en el deseo de maldecir de los hombres mejor reputados, propio de los que no tienen reputación; ese humilde menester, que llaman crítica algunos, quedará reservado a los polemistas carentes de aptitudes constructivas. Los filósofos del porvenir se ocuparán de algo más radical: sustituir con hipótesis legítimas todas aquellas cuya ilegitimidad está probada. No dudo que tal renovación será lentísima, secular, pero creo que ella excluirá todo nuevo intento de conciliación

(1) En esta manera de afirmar el *Ignorabimus*, radicalmente opuesta a las clásicas, no es necesario distinguir previamente apariencia de realidad, noumeno de fenómeno, etc.; su sentido, con relación al problema de los límites del conocimiento, es distinto. Lo *Inexperencial* no corresponde a lo *sobrenatural* de las creencias vulgares, ni a lo *transcendental* de Kant, ni a lo *incognoscible* de Spencer, que se presumían noumenales por oposición a lo conocido fenomenal. (Spencer, en la parte primera de sus «Primeros principios», destinada a reconciliarlos con las creencias vulgares mediante lo incognoscible, acabó por hablar de noumenos y fenómenos). Esos antiguos conceptos implican atributos ilegítimos no incluidos en el concepto inequívoco de *Inexperencial*.

entre las mentiras demostradas y las verdades posibles.

LOS MÉTODOS

Todo lo que puede ser objeto de experiencia es investigable mediante los métodos científicos, incesantemente perfectibles: lo experiencial es el objeto de las ciencias, accesible mediante hipótesis experienciales. La metafísica tiene un objeto distinto: formular hipótesis inexperienciales acerca de lo inexperiencial.

¿Qué características generales presentarán las hipótesis metafísicas del porvenir, comparadas con las anteriores al siglo xx? La respuesta no es una mera adivinación. Estudiando la posición actual de los problemas inexperienciales que ellas procuran resolver, estudiando las variaciones efectivas que las hipótesis clásicas han sufrido, estudiando las nuevas que han intentado oponérseles, puede juzgarse aproximadamente el *residuo de legitimidad* que conserva cada problema o cada hipótesis. Estudiando, repito: la única manera de saber, es estudiar; estudiando más se prevé mejor, es decir, se yerra menos. El conocimiento integral de los factores señalados permite conjeturar aproximativamente cuáles hipótesis metafísicas sobrevivirán. El «medio» en que ellas viven es la experiencia de la época en que se formulan; las variaciones de ese «medio» producen las variaciones de las hipótesis; la diversa adaptación de estas variaciones a las del medio, determina su selección. *Las hipótesis inexperienciales evolucionan constantemente en función del medio experiencial.*

Antes de examinar sus condiciones de legitimidad, conviene precisar que las hipótesis metafísicas se distinguen de las científicas por el carácter inexperiencial de los problemas que se proponen explicar. Las científicas subordinan su legitimidad a la demostración experiencial que presuponen posible (1); las metafísicas sólo

(1) Por ejemplo: la hipótesis de Swante Arrhenius sobre la naturaleza del núcleo central y el espesor de la corteza sólida de la Tierra, se consideró *legítima* porque se fundó sobre el estudio de los temblores, pero, al formularla, su validez se consideró subordinada a los resultados de nuevos estudios seismológicos.

aspiran a ser lógicamente legítimas, sin que se considere posible su demostración experiencial (1).

Las teologías han supuesto que estas hipótesis eran principios eternos, perfectos e inmutables, «revelados» al hombre por seres inexperienciales; las afirmaban como «verdades absolutas», anteriores a la experiencia y no siempre accesibles a la razón humana. Los diversos racionalismos afirmaron que algunas de esas hipótesis eran «conceptos a priori» de la razón, más o menos pura (2), evitando pronunciarse sobre las hipótesis reveladas; algunos inventaron singulares sistemas de conciliar los conceptos racionales con las creencias irracionales (3). Creo que los filósofos del porvenir no se ocuparán de comentar «verdades reveladas» ni de inventar «conceptos sintéticos a priori», sino de construir «hipótesis inexperienciales, a posteriori».

Tengo el firme convencimiento de que se reconocerá, unánimemente, la ilegitimidad de toda hipótesis en que la experiencia aparezca condicionada por entes racionales independientes de ella (4).

(1) Por ejemplo: la hipótesis de Clausius sobre la muerte del universo por la transformación definitiva de todas las formas de energía en calor (*zwarmetod*), es *legítima* porque se funda en los resultados actuales de la física; pero, al formularla, su validez se considera puramente lógica y no subordinada a ninguna demostración experiencial. Cuando nuevos resultados de la física hicieran inverosímil o inexacto que la energía del universo es constante y que su entropía tiende hacia un *máximum*, la hipótesis dejaría de ser lógicamente *legítima*.

(2) Distinguióse la imperfecta razón humana, que se presumió impura, de una hipotética razón perfecta o pura; ésta era conceptual en lo general y no realizable en lo particular, llamándose sus productos «entes de razón». Muchas personas suelen reírse de esos entes; nada tienen, sin embargo, de ridículos si se los llama por el nombre modesto con que los estudian los modernos manuales de psicología escolar en el capítulo de la abstracción.

(3) El conceptualismo, con ligeras variantes, es la doctrina común a todos los sistemas «racionalistas», desde Abelardo hasta Kant. Representó en el primero una prudente heterodoxia del realismo, en tiempo de la disputa sobre los Universales; la conservó el segundo como forma última de la hipocresía filosófica, en cuanto permitía apartarse del realismo sin afirmar el nominalismo. El problema de los Universales persiste bajo otros nombres; pertenece al número de los que se evita abordar y resolver, por temor de las consecuencias éticas implicadas en toda posición lógica.

(4) No tengo certidumbre alguna de que los grandes filósofos racionalistas hayan dicho lo que pensaban, sino lo que convenía decir; me

El resultado de esa renovación futura de la metafísica será afirmar la *variabilidad de las hipótesis inexperienciales*.

Creo que todas las personas competentes están contestes en afirmar la legitimidad de los métodos científicos para todo lo que es experiencial; esos métodos, incesantemente perfectibles, se proponen buscar demostraciones experienciales y son usados en el supuesto de que son suficientes para ese fin. Todo el que ha comparado un tratado de lógica escrito en el siglo XVIII con uno escrito en el XIX, sabe que la lógica contemporánea, en su casi totalidad, tiende a ser el arte de aproximarse a las verdades experienciales, mediante esos métodos (1).

Comprendo que es mucho más fácil hablar mal de las ciencias que estudiarlas; pero la ignorancia de lo experiencial no parece destinada a ser una condición metodológica para la construcción de legítimas hipótesis inexperienciales.

Los que conocen lo experiencial, por haberlo estudiado, concuerdan en que los resultados de las ciencias van transmutando sin cesar los problemas clásicos de la metafísica, planteándolos de una manera legítima y desmalezándolos de sus ergotismos seculares. Los metafísicos del porvenir desearán que sus sistemas de hipótesis sean la techumbre legítima del saber; pero no se ocuparán de techar edificios imaginarios, «chateaux-en-Espagne» de pura fantasía; no dudarán de que el edificio

fundo en que para ellos, lo mismo que para sus adversarios, las ciencias fueron la propedéutica de la metafísica y todos se inclinaron a poner los resultados de las que habían estudiado como fundamento de sus hipótesis inexperienciales. Las cinco o veinte personas que actualmente merecen el nombre de filósofos, reconocen que sería absurda la pretensión de tratar cualquier problema filosófico ignorando los resultados generales de las ciencias que son su antecedente natural.

(1) La posición exclusivamente experiencial y el conjunto de métodos que constituyen el llamado «positivismo» son la única lógica posible de la investigación científica, aunque están exentos de toda validez propiamente metafísica. Sabido es que, en cambio, las hipótesis metafísicas de Comte fueron residuos místicos de las creencias vulgares, lo mismo que los cinco capítulos que Spencer consagró a lo «incognoscible» en sus Primeros Principios. Creo, además, que ambos procuraron fingir que creían en hipótesis ilegítimas que no creían.

debe empezarse por los cimientos, sin renunciar por ello a techarlo, y con la seguridad de que sólo así es posible techar edificio alguno, aunque sea provisionalmente, es decir, admitiendo la posibilidad de rectificaciones y perfeccionamientos.

Donde las ciencias no lleguen con sus hipótesis experienciales (1) empezarán las hipótesis metafísicas, prolongándose legítimamente en lo inexperiencial. Si bien se observa, los más de los filósofos, inclusive muchos de los que escribieron lo contrario, han puesto una vasta base experiencial a sus hipótesis metafísicas, dando así apariencias de validez a muchas de ellas; y es visible que al criticar las hipótesis ajenas medían su legitimidad por la exactitud atribuída a las nociones experienciales que les servían de fundamento (2). La causa de que sus hipótesis experienciales se divorciaran de los resultados experienciales, no fué filosófica ni científica, sino práctica: la presión del medio social y el deseo de no herir las creencias vulgares, la «hipocresía de los filósofos».

No es, pues, independientemente de la experiencia, sino partiendo de ella, cómo se elaborarán en el porvenir las hipótesis metafísicas. De esa manera constituirán algo más importante que el famoso estudio dialéctico del ser en sí, a que pretendieron reducirla algunos de sus cultores. En vez de convertirse en una modesta ontología, voluntariamente condenada a ser una ignorancia absoluta, creo que la metafísica aspirará a parecerse a un irrealizable conocimiento absoluto, procurando acercársele median-

(1) Las ciencias tienden a reducir continuamente a leyes cada vez más generales los resultados de la experiencia, tales como podemos conocerlos; para ello se valen de hipótesis que se someten al juicio de la experiencia ulterior, pues son implícitamente experienciales. De esa manera los primitivos resultados, caóticos e incoherentes, se van sistematizando en ciencias que aspiran a expresar en sus leyes las mismas relaciones que los fenómenos tienen ya en el universo.

(2) Conviene señalar que los adversarios de los métodos científicos *los usan* cuando pueden, aunque *dicen* lo contrario cuando polemizan; repiten, asimismo, todos los conocimientos experienciales que no pueden negar, aunque pervirtiéndolos con algunas adiciones de hipótesis ilegítimas que aun defienden. En esto de aprovechar al adversario, obran como esos locos que se suponen perseguidos por los médicos del asilo, pero de vez en cuando les piden cigarrillos.

te hipótesis inexperienciales.

En vez de divagar, como todas las antiguas, desde Aristóteles hasta Spencer, sobre «los primeros principios de todas las cosas», la futura metafísica procurará sistematizar «las últimas aproximaciones hipotéticas» a la explicación de todos los problemas inexperienciales.

Los métodos seguidos para formular hipótesis inexperienciales han tenido un valor muy diverso, alejando los unos de la verdad y acercando otros a ella. Independientemente de su opinión al respecto, los filósofos clásicos los han usado conjuntamente, aunque en muy diversa proporción.

Entre los *métodos ilegítimos* usados para formular hipótesis inexperienciales, se encuentran dos grandes grupos: los *místicos* y los *dialécticos*.

Los *métodos místicos* presumen la posibilidad de que los problemas inexperienciales sean explicables mediante revelaciones que reciben algunos hombres extraordinarios, o mediante adivinaciones debidas a la posesión de misteriosas facultades de su entendimiento. Todas las metafísicas teológicas aceptaban la posibilidad de tales revelaciones o adivinaciones; pero la crítica religiosa ha reducido progresivamente esa posibilidad en el pasado, y todo hace creer que ningún filósofo del porvenir se atreverá a invocarla como fundamento de nuevas hipótesis legítimas (1).

Pertencen al mismo género místico los métodos que afirman la existencia de una *intuición*, como «facultad» que permite conocer verdades por procedimientos ajenos a la razón y la experiencia (2); cuando no se da a la

(1) El misticismo, como estado psicológico propio de la experiencia religiosa, no tiene la menor relación con la elaboración de hipótesis metafísicas legítimas; en el inexacto lenguaje usual suele decirse de los místicos que son metafísicos, porque divagan o no saben explicarse con precisión. Los historiadores de la filosofía han coincidido concretamente en distinguir la especulación racional de los filósofos de la inspiración irracional de los místicos. Si no fuera así, en nada se distinguirían los filósofos de los místicos, ni la metafísica racional de la dogmática revelada.

(2) Sabido es que en la actualidad se usa la palabra «intuición» con una vaguedad que permite a cada intuicionista entenderla de una manera

intuición ese sentido, no difiere de la imaginación constructiva que elabora hipótesis partiendo de la experiencia.

Parece indudable que esos métodos místicos son ajenos a toda lógica y no permiten adquirir «conocimiento» alguno; tienen su función habitual en la formación de las creencias vulgares, generalmente ilegítimas. Las diversas corrientes intuicionistas, neoidealistas y neoespiritualistas contemporáneas, muestran una confianza muy limitada en el valor de tales métodos; aunque se inclinan a afirmarlos teóricamente, prefieren en la práctica los racionales y con frecuencia usan los experienciales (1).

Los *métodos dialécticos*, o sea el uso dialéctico de la razón, tanto más refinados a medida que ha sido más difícil mentir, fueron heredados de la escolástica medioeval por los filósofos racionalistas. El «humanismo» fué un conglomerado histórico-literario con elegantes adornos de filosofía palabrista. Las humanidades tendían a ejercitar el ingenio en una elegante gimnasia espiritual, juego de imaginación y de retórica, que se desarrollaba principalmente en el comentario y la glosa del pensamiento de los antiguos. El objeto esencial de ese viejo humanismo no era enseñar a pensar bien, sino enseñar a hablar bien sobre lo que otros pensaron, sin renovar legítimamente los problemas y las hipótesis.

Cuando las ciencias y las letras se separaron de la filosofía, esta última siguió oscilando entre los métodos de las primeras y los métodos de las segundas, tornándose cada vez más racionalista y logizante. El culto de la «razón» permitió que algunos equivocaran a ésta con

distinta; muchos polemistas suelen emplearla como sinónimo de «imaginación creadora», pero con la imprecisión necesaria para que los incautos la interpreten como una «adivinación mística», que permite a los ignorantes creer que pueden saber más que los estudiosos. Este equivoco es una forma de la consabida hipocresía.

(1) Corroboran este modo de ver algunos polemistas que tienden a oponer el intuicionismo a las ciencias; cada día incorporan en sus disertaciones más nociones científicas, copiándolas de segunda o tercera mano, convencidos de que así sugieren su familiaridad con las ciencias que desacreditan. Típico es el caso de Bergson, cuya ciencia biológica asombra a las damas elegantes y hace reír a los versados en estudios biológicos.

«espíritu» y con «alma», sin perjuicio de que otros se refirieran a las «aptitudes mentales», en un sentido que no excluía su origen o variación experiencial (1).

Exceptuando a los que preconizan una vaga adivinación bajo el nombre de «intuición» y a los que todavía creen posible la «revelación» de ciertas verdades, los demás filósofos contemporáneos se inclinan a desprenderse de la dialéctica racional y a dar a sus métodos la legitimidad relativa que es el desiderátum de toda lógica.

Si alguien hablara hoy de aquellas «dos verdades» de los renacentistas, haría reír por igual a los filósofos de todas las escuelas. Todos aspiramos, en cada problema legítimo, a aproximarnos a una verdad; aunque profesemos teorías del conocimiento muy distintas, practicamos métodos cada vez más convergentes: la observación, el experimento, la duda metódica, la hipótesis, la crítica, partiendo de lo accesible a nuestra experiencia actual para abordar los problemas más distantes de ella y que consideramos inexperienciales.

Los métodos, en suma, se reducen: a dudar metódicamente de los resultados de la experiencia (observación y experimento, siendo este último una observación previamente condicionada), en el supuesto de que ella sea falaz o incompleta; a formular (por la reflexión y la imaginación) hipótesis para explicar esos resultados y condicionar su contraprueba; a criticar (por la lógica) esas hipótesis, para determinar su legitimidad en concordancia con todos los resultados de la experiencia.

Este proceso no presenta discontinuidad entre las hipótesis científicas (2) y las hipótesis metafísicas. Se

(1) La palabra «razón» no puede ya usarse para hablar con claridad, pues sin previa explicación no se sabe si se refiere a la aptitud nativa o a su desenvolvimiento por la experiencia, que no son lo mismo.

La distancia a que podemos ver una mariposa sobre la línea del más lejano horizonte depende de nuestra agudeza visual y del lente de que disponemos para reforzarla. La agudeza es la aptitud; la ilustración es el lente. A igualdad de agudeza, se ve menos sin lente; a igualdad de lente, se ve más con mayor agudeza. Y, desde luego, a quien le falta agudeza....no pierda el tiempo en fabricarse el lente.

(2) Entre las hipótesis científicas deben distinguirse las ilegítimas de las legítimas; creo que el hábito de la crítica científica es un antecedente necesario para la crítica metafísica, pues el que no ha aprendido

diferencian en su objeto: las primeras son relativas a problemas que se plantean como experienciales y las segundas a problemas que se reconocen inexperienciales.

Si no hay dos verdades posibles, distintas por su esencia, es ilegítimo suponer que existan dos lógicas esencialmente distintas para determinar la legitimidad de las hipótesis experienciales e inexperienciales. La diferencia entre la lógica científica y la lógica metafísica sólo aparece en cuanto la primera se propone ser, además, un arte de probar, objeto que la segunda no puede proponerse: aquélla es una lógica de lo experiencialmente demostrable y ésta una lógica de lo experiencialmente indemostrable.

Las hipótesis metafísicas no pueden enunciarse como juicios asertivos, sino como juicios de probabilidad. Son

a valorar la legitimidad de una hipótesis experiencial nunca podrá valorar la de una inexperiencial.

Las hipótesis científicas son obra de la imaginación del sabio y no de la fantasía del ignorante, aunque a las dos cosas suele llamarse intuición. Son instrumentos provisorios que las ciencias utilizan para interpretar los resultados de la experiencia o generalizarlos más allá de lo conocido, y su valor se mide por dos circunstancias: la cantidad de fenómenos que ellas permiten explicar y su concordancia con los demás datos o hipótesis científicas que con ellas se relacionan.

Esto, que es notorio, implica tres posibilidades.

1.º La hipótesis se convierte en ley si la experiencia la confirma en todas sus partes. Ejemplo: Euler formuló en 1746 la hipótesis de que las ondas luminosas podían ejercer alguna presión sobre los cuerpos que iluminaban; en 1873 esa hipótesis tuvo un comienzo de confirmación en los trabajos de Maxwell sobre el origen de la electricidad; en 1878 Bartoli sostuvo que la hipótesis era igualmente exacta para todas las radiaciones; Maxwell calculó el valor de esa presión; en 1900 Lebedell, Nichols y Hull llegaron a medir experimentalmente esa «presión de radiación», coincidiendo con el cálculo de Maxwell.

2.º La hipótesis evoluciona si la experiencia la rectifica. Ejemplo: Lamarck formuló la hipótesis de que la causa de la variación de las especies era la variación de las condiciones del medio; Darwin formuló otra que atribuía la variación a la selección natural; la experiencia hizo variar la hipótesis darwiniana en el sentido de la lamarckiana, con las observaciones de De Vries sobre las variaciones bruscas, que han consolidado y perfeccionado el transformismo de Lamarck y Darwin.

3.º La hipótesis desaparece si es contradicha por la experiencia. Ejemplo: Filolaos, partiendo del arismetismo pitagórico, enunció la hipótesis lógica de que debía existir un décimo cuerpo celeste, invisible, la anti-tierra o Antictonia, necesario para completar el número perfecto, la Década pitagórica; de esta hipótesis, fundada en razones puramente lógicas, cuyo error ha demostrado la experiencia, no queda rastro alguno en los sistemas cosmológicos postcopernicanos.

indemostrables por la experiencia; lógicamente sólo puede demostrarse su legitimidad.

Esto último significa que las hipótesis propuestas como explicaciones de un mismo problema pueden tener diversa legitimidad, lo que es demostrable; si la lógica de la metafísica llegara a razonar con términos perfectos, es evidente que el grado de validez lógica de las futuras hipótesis podría determinarse conforme al cálculo de las probabilidades.

Sin hacerme ilusiones acerca de esa posibilidad, me parece que existen condiciones de validez que provisoriamente pueden ser formuladas como sigue:

La legitimidad de toda hipótesis metafísica, en cuanto es un juicio sintético de probabilidad, está condicionada por la suma de conocimientos analíticos en que se funda.

La legitimidad de toda hipótesis inexperiencial, en un momento dado, está condicionada por su concordancia con los resultados considerados menos inseguros en el dominio experiencial excedido por esa hipótesis.

La legitimidad de toda hipótesis inexperiencial es provisoria, en cuanto la variación de sus premisas experienciales puede determinar el desplazamiento del problema y de sus explicaciones legítimas (1).

La legitimidad de toda hipótesis inexperiencial está subordinada a su no contradicción con otras hipótesis inexperienciales igualmente legítimas en otros dominios experienciales por ellas excedidos (2).

Esos sencillos postulados, y otros similares, permitirán constituir una lógica de lo inexperiencial, diferente de la

(1) En cada época, al fundarse sobre una experiencia más vasta, las hipótesis metafísicas asumen caracteres distintos, variando su fondo no menos que su forma. Hay diferencias entre el vitalismo de Pitágoras y el de Claudio Bernard; las hay también entre el mecanismo de Thales y el de Le Dantec. La causa es sencilla: la diversa amplitud de la experiencia en que se fundan permite plantear en forma cada vez menos equívoca los problemas que intentan resolver. Al mismo tiempo esas variaciones son necesarias para aumentar la legitimidad de las hipótesis, mejorando su posición conforme al cálculo de probabilidades.

(2) Por ejemplo: me parece evidente la necesidad de renovar alguna hipótesis de la cinemática para que ésta concuerde con las hipótesis legítimas de la teoría electromagnética y se armonice con el principio de la relatividad.

lógica experiencial, en cuanto ésta se propone la demostración de lo que presume experiencialmente demostrable, y aquélla sólo puede proponerse demostrar la legitimidad de lo que considera experiencialmente indemostrable.

Esa lógica será la metodología de la metafísica futura, en cuanto ella permita establecer la legitimidad de las hipótesis, aun no proponiéndose su demostración.

No necesito insistir en que, al revés de una lógica de la razón *pura*, que se propone la demostración racional de hipótesis racionales, será una lógica de la razón *humana*, que se propondrá establecer la legitimidad experiencial, es decir, humana, de las hipótesis no experienciales.

No me parece que el ejemplo de la lógica matemática pueda sugerir, por analogía, normas o criterios utilizables en metafísica.

He estudiado mucho este punto y he reflexionado sobre él sin resultados que me satisfagan. La matematización filosófica de la naturaleza, en el tipo de las doctrinas pitagóricas o platónicas, me parece un simple juego de imaginación, absurdo en todo sentido; nada más distinto de ella que el moderno concepto de la matematización lógica, que concibe las relaciones entre los fenómenos experienciales como susceptibles de reducción a las leyes que rigen las combinaciones numéricas o geométricas.

La lógica matemática no se propone resolver problema alguno metafísico. Los razonamientos matemáticos no operan con términos reales, sino con abstracciones convencionales, que se formulan como términos perfectos; eso les permite ser sistemas de relaciones perfectas entre términos perfectos. A pesar de ello, me parece que no será imposible introducir en la lógica de lo in experiencial algunas normas similares a las que se aplican con éxito en el cálculo de las probabilidades.

LA DEFINICIÓN

Establecida la naturaleza de los problemas in experienciales y las condiciones lógicas de las hipótesis legítimas, la metafísica del porvenir no se presenta como una

pura síntesis de las ciencias, en el sentido del positivismo, ni como una vaga adivinación independiente de ellas, en el sentido del misticismo. Siendo lo in experiencial el objeto de sus hipótesis, permanece fuera de las ciencias; estando lo in experiencial condicionado por lo experiencial, la legitimidad de sus hipótesis no es independiente de las ciencias. Podría, en suma, llegarse a una definición cuyos términos sean inequívocos: *la metafísica tiene por objeto formular hipótesis legítimas sobre los problemas in experienciales.*

Convergiendo las hipótesis a una explicación armónica y coherente de lo in experiencial, constituyen un *sistema metafísico*; y puede concebirse que la metafísica del porvenir estará en *formación continua* y presentará algunos caracteres necesarios: la universalidad, la perfectibilidad indefinida, el antidogmatismo y la impersonalidad.

1° Será una superación de todas las formas de experiencia, pues todas lindan con problemas in experienciales; los dominios de la metafísica serán más vastos que los asignados a ella en los sistemas del pasado, no porque se reduzca el área de lo experiencial, sino porque el aumento de los conocimientos experienciales permitirá plantear mejor los problemas que lo exceden y engendrará la posibilidad de multiplicar las hipótesis legítimas que intentan explicar lo in experiencial (1).

2° Otro carácter será la perfectibilidad indefinida de las hipótesis metafísicas y la sustitución de los sistemas cerrados por un sistema abierto, en formación continua.

En el pasado las hipótesis han podido formularse como *verdades* fijas, definitivas y perfectas, porque no se afirmaba su fundamento experiencial; en el porvenir deberán concebirse como *aproximaciones* perfectibles, pues siendo variable el conocimiento experiencial, tienen que serlo las hipótesis in experienciales que lo tomen como

(1) El sentido en que afirmamos esta «universalidad», nada tiene que ver con la famosa «investigación de lo absoluto» de que hablan siempre, sin empezarla nunca, los que ignoran lo relativo y no quieren tomarse el trabajo de estudiarlo.

punto de partida.

3° Un carácter lógicamente derivado del anterior será el antidogmatismo, en el sentido histórico (1) de la palabra dogma: verdad reputada absoluta e infalible, que excluye toda posibilidad de rectificación.

Desde este punto de vista, todas las hipótesis inexperienciales del porvenir serán esencialmente críticas, es decir, rectificables y perfectibles en cuanto presenten contradicciones con los resultados experienciales. Ello no significará, en manera alguna, que deban ser trascendentales, sino hipotéticas (2).

Creo, en suma, que se acentuará la tendencia a quitar el carácter de afirmaciones *ne varietur* a las hipótesis que se enuncien. La tolerancia de las opiniones filosóficas que no concuerden con las creencias vulgares será mayor cada día; es creíble que en el porvenir disminuya el número de hipótesis ilegítimas impuestas por principio de autoridad y con ello decrecerá la posibilidad de incurrir en nuevos dogmatismos.

4° Así como las ciencias se vuelven cada día más impersonales, colaborando en su resultado un número mayor de hombres competentes, creo que la elaboración de hipótesis metafísicas legítimas será cada día menos individual.

Esto no podía concebirse cuando se formulaban sistemas perfectos e invariables, con un criterio estético, como si se redactaran poemas. Lo individual será la crítica y la variación de una o más hipótesis, aunque los hombres de mayor ingenio y saber sean los que de

(1) La oposición de «escepticismo» y «dogmatismo» en cuanto al problema especial del valor del conocimiento, es otra cuestión; ambas posiciones me parecen lógicamente justificables. Es de advertir que si se hablara un lenguaje preciso llegaría a convenirse en que todos los filósofos de todas las escuelas deberían ser escépticos en metafísica, por la naturaleza misma de las hipótesis inexperienciales.

(2) El hábito de ver unidos los términos «crítica» y «trascendental» nos ha acostumbrado a mirar como complementarias dos condiciones que son antitéticas. Lo que se concibe como trascendental no es susceptible de crítica; una «razón pura» accesible a la «crítica» de la razón humana, no sería trascendental. A menos de creer que también la «crítica» puede ser «trascendental», en cuyo caso no podrían realizarla los hombres por no poseer «razón pura», sino «razón humana».

tiempo en tiempo den un empujón más vigoroso al conjunto. Esto no excluye que las mayores variaciones sean en el porvenir la obra de grupos o escuelas, que colaborarán a la legitimación creciente de las hipótesis entre sí, opinión en que ya concuerdan muchos estudiosos que profesan doctrinas antagonistas (1).

La metafísica dejará de ser un bello mosaico de inexactitudes y los metafísicos no usurparán el dominio propio de los poetas. Su imaginación creadora trabajará sobre los datos de una experiencia actual, infinitamente más vastos que los conocidos por todos los metafísicos clásicos (2).

Todo bosquejo personal será un tanteo o una etapa provisoria hacia otros bosquejos incesantemente perfectibles, con lo que se llegará a concebir la metafísica legítima como una continua formación natural. Creo que si en el siglo XXI algún poeta incurriese en la originalidad de construir un sistema de pura fantasía, su obra sería estimada por su valor literario, pero carecería de lugar propio en la historia de la filosofía.

¿Un sistema de hipótesis en formación continua, universal, perfectible, crítico, impersonal, merece conservar el nombre de «metafísica»? Creo que ninguno le corresponde mejor en el doble sentido etimológico e histórico.

Es indudable que los positivistas y los místicos, que se disputan la preeminencia en las universidades y en la moda, tendrán mucha dificultad para adaptarse al nuevo sentido que la «metafísica» irá adquiriendo, distinto

(1) Me parece que las hipótesis metafísicas del porvenir (en el supuesto de una igualdad de aptitudes y experiencia de sus autores) podrán ser cada vez más legítimas, o menos inexactas. En el pasado no se observa eso mismo, pues, además de las variaciones de la ecuación personal, ha influido poderosamente la coacción del medio, determinando la hipocresía de los filósofos.

(2) Si se considera que la vida mental lúcida tiene en la especie humana un límite máximo, que no tiende a aumentar, es presumible que la aparición de grandes filósofos sea cada vez más rara, por la incesante ampliación de los conocimientos experienciales que serán el antecedente de las hipótesis inexperienciales.—Es posible que, en los últimos cincuenta años, esto haya contribuido a la crisis de la metafísica.



siempre y con frecuencia antagónico del que tuvo para unos y otros durante el siglo XIX.

EL LENGUAJE

Quien comienza a estudiar filosofía se sorprende de las heterogéneas y contradictorias acepciones con que suelen usarse las palabras del vocabulario filosófico; el que resiste, y sigue estudiando, pierde la mitad del tiempo en comprender las palabras que cada filósofo emplea, sin que los diversos lexicólogos lleguen a unificar su desciframiento de esos jeroglíficos. La falta de clave homogénea impide el progreso de estos estudios, dejando a cada filósofo la libertad de pronunciar palabras que los demás entienden cada uno a su manera. ¿Dicen lo mismo los que hablan de razón, idea, realismo, categoría, intuición, espíritu, energía, espacio?

No es solamente el problema de los *idola fori* baconianos (tiranía de las palabras sobre el pensamiento, en cuanto acaba por mirarse como realidades a las palabras que se crean: posición crítica vecina del nominalismo); es también el problema de que un lenguaje no sirve ya a sus fines cuando la significación de las palabras que lo componen deja de ser uniformemente comprendida, acercándose a la legendaria confusión de las lenguas en la torre de Babel.

Todo idioma es, por definición, impersonal: ningún hombre cuerdo pronuncia palabras sino para hacerse comprender de otros. Sin embargo, basta leer una polémica filosófica para advertir que será imposible entenderse mientras se use la actual jerga filosófica; si los que creen contradecirse entran a explicar el sentido que dan a cada palabra usada, no sería raro que se sorprendieran habiendo dicho lo mismo, y viceversa.

La renovación del léxico filosófico no es tarea fácil. ¿Podría un Congreso imponer un «esperanto» especial a los profesores de filosofía? ¿Renunciarán los de cada país a usar la terminología especial de sus compatriotas más célebres? ¿Un hombre de genio podrá hacer una

transformación tan útil que nadie se resista a adoptarla?
¿Se extenderá a la metafísica el lenguaje de las ciencias?

Son demasiados problemas, que me limito a enunciar. Pero la solución es imposible mientras no cese la hipocresía de los filósofos y no se libren éstos de los *idola theatri*.

Sin traducir a términos precisos la vaga terminología de los clásicos, será imposible plantear con exactitud los problemas metafísicos, condición preliminar para que ellos puedan ser hipotéticamente resueltos. Plantearlos bien, importa evitar la mayoría de las hipótesis ilegítimas (1).

En el terreno puramente conjetural, considero posible que una escuela, capaz de realizar una renovación total de la filosofía, consiga imponer a sus sucesores un nuevo vocabulario filosófico, en que cada término sólo tenga una acepción precisa y en que se excluyan todas las acepciones figuradas.

No creo que esto traiga inconveniente alguno para la historia de la filosofía. Actualmente el idioma de cada filósofo es traducido por cada comentarista a su lenguaje personal, causando la disparidad de las interpretaciones (2); del otro modo se economizaría mucho trabajo, por cuanto bastaría una sola traducción, conforme al nuevo léxico uniforme.

Acaso sea inútil querer «explicar» el sentido que en la mente de sus autores tuvieron muchas hipótesis pasadas, intraducibles al léxico del porvenir; todas las que ya se consideran ilegítimas no necesitan salir de su expresión clásica, pudiendo relegarlas a la historia de la filosofía.

(1) En el lenguaje escolástico *Natura naturante* es sinónimo de *Dios como causa inmanente*. ¿En qué se distingue esa *natura naturante* de la naturaleza de los filósofos naturalistas? ¿En qué del panteísmo? ¿En qué del ateísmo? Y ¿en qué distinguiríamos a Dios (como *causa inmanente*) de la causalidad natural, de la Causa Primera, de las Leyes Naturales? La única expresión exacta de la hipótesis escolástica sería la siguiente: «Existencia de un creador inteligente que ha creado de la nada un universo distinto de él mismo»; los que han preferido hablar de la *Natura naturante* lo han hecho por hipocresía, pues permite no afirmar (lo que no se cree) ni negar (lo que creen los demás).

(2) Cuando un historiador de la filosofía dice que X fué idealista, sabemos menos que antes, si él no ha precisado el sentido que da a la palabra idealismo.

Al decir que una ciencia es un idioma bien construido, sin agregar que ese juicio es figurado, se entiende expresar algo que suele pasar inapercibido: la validez de una proposición depende del sentido inequívoco de sus términos. Así expresado, podemos extenderlo a todo problema o hipótesis inexistencial.

La exactitud de todo proceso lógico está condicionada por la exactitud de los términos; la imperfección del lenguaje científico, y la mayor del lenguaje filosófico, depende de que sus términos tienen su origen en las experiencias necesariamente imprecisas de nuestros sentidos imperfectos. Con términos imperfectos no ha sido posible construir una lógica perfecta.

La posibilidad de una lógica cuyos términos sean perfectos sólo ha sido posible mediante abstracciones cuyo valor ha podido fijarse convencionalmente. Tal es el caso del lenguaje matemático, cuyos términos son valores convencionales; como ellos han sido fijados por los hombres, para que les sirvan, han podido hacerlo con perfección creciente: los términos de los razonamientos matemáticos son símbolos perfectos abstraídos de experiencias imperfectas, y todas sus conclusiones se limitan a expresar relaciones entre esos símbolos. Pueden aplicarse a objetos, pero nada expresan de estos mismos, sino de sus relaciones.

Es evidente que un lenguaje de ese género sería ideal para expresar todos los conocimientos e hipótesis posibles.

Pero no debemos olvidar que éstos han tenido su origen en datos de la experiencia, que siempre ha sido imperfecta; los conceptos relativos a las cosas y no a sus relaciones, han sido abstracciones de una imperfecta experiencia y eso ha hecho fracasar todo proyecto de llegar a una lógica pura combinando términos impuros (1), pues

(1) Han pretendido satisfacer este deseo todos los sistemas de *categorias* (desde Kanada y Gotama hasta Port Royal y Kant) que clasificaron cosas, palabras, conceptos o juicios; huelga decir que ninguno de ellos, aparte de su interés histórico, posee el más mínimo valor lógico. Recuérdese el aparato mecánico de razonar, fabricado por Raymundo Lulio.

de las relaciones perfectas entre términos imperfectos no puede llegarse a conclusiones perfectas.

Mientras lo experiencial no se exprese en términos perfectos (a lo que debe aspirar el lenguaje de las ciencias) no es concebible que pueda expresarse en términos perfectos lo in experiencial (a lo que debe aspirar el lenguaje de la metafísica). Una aproximación a ese ideal es deseable; el primer paso sería reemplazar el viejo léxico incomprensible por otro comprensible; comprendiéndolo, sería más fácil corregir progresivamente sus imperfecciones (1).

SEÑORES ACADÉMICOS:

Los hombres de cada generación somos eslabones de una serie infinita; cumplimos nuestra función si aprovechamos el esfuerzo de la precedente y si contribuimos a preparar el trabajo de las que vendrán. Nada ha comenzado ni terminará en nosotros; no dudo que las generaciones venideras, con una experiencia menos imperfecta, podrán ignorar menos que nosotros y mirar con visión más clara los problemas que llamamos enigmas. Tengo la esperanza—no el temor—de que dentro de un siglo algún nuevo académico, al ocupar mi sillón, podrá referirse con benévola ironía a mis pronósticos sobre la filosofía del porvenir, sorprendiéndose de que yo no me hubiese emancipado totalmente de ciertos residuos metafísicos medioevales....No me parece imposible.

*

Y a los jóvenes que son la esperanza de la humanidad, de las patrias, de la cultura, de los hogares, creo deber decirles la última y más sincera palabra de mi juventud no estéril:

(1) Creo que hay un poco de *farsa* voluntaria en el lenguaje obscuro de ciertos filósofos; algunos hablan «en difícil» para disimular su ignorancia, y otros para que los profanos confundan la incomprensibilidad del lenguaje con profundidad del pensamiento.—No me parece imposible expresar las ideas claras en lenguaje sencillo; toda obscuridad y complicación se me hace sospechosa. «*Simplex sigillum veri*».